

□ Tiempo de lectura: 7 min.

*El 6 de junio de 2026, en el Santuario de San Juan Pablo II en Cracovia, se celebrará la ceremonia de beatificación de nueve salesianos polacos, educadores y mártires. Esta beatificación es un reconocimiento público de su testimonio de fe, que se reveló más fuerte que la violencia, el miedo y la muerte.*

## **El eclipse de la esperanza**

El 1 de septiembre de 1939, la invasión de Polonia por parte de las tropas nazis marcó el inicio de una noche profunda para la humanidad. El nacionalsocialismo y el comunismo soviético se unieron con el objetivo deliberado de destruir la nación polaca. Aquel día no marcó solamente el inicio de un conflicto territorial, fue el amanecer de un plan de aniquilación. La persecución fue fruto de un plan científico coordinado dirigido a liquidar a la intelectualidad y al clero. Para el régimen nazi, el clero, y en particular el comprometido en el frente educativo como los hijos de Don Bosco, representaba una amenaza intolerable para el proyecto de «germanización». Golpear al sacerdote significaba «decapitar» la cultura polaca, ya que el clero era el custodio natural de la identidad nacional. En particular, los salesianos, con 32 casas y más de 500 hermanos, formaban a los jóvenes según el Sistema Preventivo: el «Da mihi animas cetera tolle» de Don Bosco era la antítesis del adoctrinamiento nazi; para el régimen, la educación cristiana era un sabotaje ideológico. Las órdenes de Reinhard Heydrich eran claras: «La nobleza, el clero católico y los judíos deben ser liquidados». La violencia pretendía paralizar y aniquilar a la Iglesia, pero los salesianos respondieron transformando la evangelización en una resistencia moral, dispuestos a pagar con su sangre su mandato pastoral y educativo.

## **Los lugares del martirio: Auschwitz y Dachau**

Muchos sacerdotes y religiosos fueron arrojados al abismo de los *Konzentrationslager* (KL), donde la dignidad humana era sistemáticamente pisoteada. Auschwitz (I, II-Birkenau y III-Monowitz) y Dachau no fueron solo lugares de muerte, sino memoriales de testimonio de la dignidad humana y de la santidad

de Dios hasta el martirio. Aquí, figuras como el oficial de las SS Siebert en Montelupich o el sádico kapo «Franz» en Auschwitz intentaron aniquilar no solo el cuerpo, sino la identidad religiosa de un pueblo. Al trabajo forzado de partir piedras y arrastrar pesadas carretillas bajo los golpes de los verdugos, los sacerdotes salesianos unieron sus sufrimientos físicos y morales al sacrificio redentor de Cristo; al desafío blasfemo del kapo que gritaba: «Yo soy Dios porque puedo matarte», desafiando la omnipotencia divina y a los golpes mortales de los verdugos, reaccionaron con la invocación incesante del nombre de Jesús, manteniendo una serenidad interior que asombraba a los propios verdugos; a la privación de cuidados y a las torturas gratuitas e inhumanas respondieron con el ejercicio de la caridad, transformando los barracones en «oratorios de dolor», donde confesar y confortar a los moribundos en fidelidad al ministerio sacerdotal; a la aniquilación de la dignidad humana y de hombres de Dios con humillaciones físicas y morales respondieron con la administración clandestina de los sacramentos y el holocausto de la vida. Estos «campos de la muerte» se convirtieron paradójicamente en «campos de esperanza», donde nueve mártires escribieron la última página de su vida.

## Retratos de fortaleza

El 27 de junio de 1941 representa la cúspide de la ferocidad nazi contra los salesianos de Cracovia. Ese día, un grupo de sacerdotes, entre ellos don Jan Świerc, don Ignacy Dobiasz, don Franciszek Harazim y don Kazimierz Wojciechowski, fue asignado al *Strafkommando* (Compañía penal) del Bloque 11. El kapo Franz, descrito como un «sádico bandido», y los demás verdugos no buscaban solo la muerte de los cuerpos, sino la apostasía de las almas. **Don Jan Świerc**, el mayor, masacrado durante una hora por el kapo Franz, murió exhalando las palabras: «¡Oh Jesús, oh Jesús!», sin maldecir jamás a su verdugo. **Don Ignacy Dobiasz**, maestro de vida espiritual, fue apaleado y arrojado a una fosa, acogiendo el martirio como un don supremo y definitivo. **Don Franciszek Harazim**, de salud frágil, fue torturado mientras el *kapo*, gritando, le desafiaba a mostrar a su Dios. «Yo soy Dios, porque puedo matarte o dejarte vivo. Si crees en Dios, ¿por qué no te ayuda?». En este abismo de violencia, cuando don Harazim, moribundo en la fosa con los huesos rotos, pidió poder confesarse, Franz ordenó a don Wybraniec que escuchara la confesión en voz alta y en alemán, para violar su secreto. Don Wybraniec, desafiando la muerte inmediata, impartió la absolución sin exigir la confesión pública, preservando el sacramento y sufriendo por ello una violenta paliza. Don Harazim murió asfixiado por una barra de hierro sobre la garganta junto a **don**

**Kazimierz Wojciechowski.** En ese mismo grupo brilló la figura de **don Ignacy Antonowicz.** A pesar de haber tenido la posibilidad de huir antes del arresto, eligió volver al seminario para no abandonar a sus clérigos. «Todo está listo, por si no vuelvo», le dijo a un hermano. Consciente del destino, dijo: «Para ellos basta con ser sacerdote para arrestarnos». Murió semanas después, el 21 de julio de 1941, exhausto por las mordeduras de los perros azuzados contra él.

**Don Karol Golda** fue arrestado el 31 de diciembre de 1941 en Oświęcim. Su «delito» fue la administración del sacramento de la penitencia. Golda había acogido a dos soldados de las SS, un aspirante a sacerdote y un compañero de armas ortodoxo. Para la ideología nazi, un soldado que cruzaba el umbral de una iglesia «manchaba el uniforme de las SS»: por esto el mismo militar fue condenado a varios años de reclusión. Don Golda fue trasladado a Auschwitz (Bloque 22) con la acusación de espionaje. Massimiliano Grabner, el infame jefe del departamento político del campo, lo sometió a torturas sistemáticas para violar el sigilo sacramental y obtener información sobre las confesiones de los soldados. Golda opuso un silencio absoluto. Fue un mártir de la confesión porque no traicionó el secreto de confesión. Fusilado el 14 de mayo de 1942, Golda dejó una última nota a sus hermanos: no pedía justicia, sino solo perdón por cualquier posible disgusto causado, sellando con su sangre la dignidad del ministerio.

**Don Włodzimierz Szembek:** noble de nacimiento y agrónomo, entró entre los salesianos a los 40 años, llevando consigo un temple moral que desafiaría el horror del *Konzentrationslager*. El 9 de julio de 1942, durante un brutal registro de la Gestapo en Skawa, Szembek se ofreció espontáneamente en lugar del director, que debía servir de rehén en lugar de un joven aspirante salesiano que había logrado esconderse. Los oficiales, en un exceso de celo represivo, decidieron arrestar a ambos. Antes de llegar a Auschwitz, Szembek conoció el infierno de la prisión de Zakopane, encerrado en una celda estrechísima e invadida por el agua, donde los prisioneros solo podían sentarse por turnos. En Auschwitz fue asignado a trabajos extenuantes, obligado a arrastrar un pesado cilindro de piedra para allanar la plaza del recuento. Los testimonios de sus compañeros de prisión, entre ellos su sobrino Jan Kanty Szembek, describen un cuerpo martirizado: manos y hombro fracturados por las palizas; todas las costillas rotas bajo los golpes de los vigilantes; el torso completamente ennegrecido por un principio de gangrena; una pierna hinchada y

fracturada que hacía de cada movimiento una agonía. Y sin embargo, Szembek exhortaba a sus compañeros a una misión casi imposible: «Debemos borrar de nuestro corazón todo odio, olvidar y perdonar los delitos sufridos». Murió el 7 de septiembre de 1942.

En la enfermería de Auschwitz, donde las condiciones higiénicas eran definidas como «inhumanas» por los propios médicos prisioneros, **don Ludwik Mroczek** se convirtió en un punto de referencia espiritual. Afectado por un *flemón* - una gravísima infección supurativa que se extendió progresivamente por todo el cuerpo - fue sometido a repetidas intervenciones quirúrgicas sin anestesia ni medicinas adecuadas. El contraste entre su rostro desfigurado por el dolor y la serenidad de su alma conmocionó profundamente a los testigos. Józef Stemler, su compañero de hospitalización, contó haberlo «puesto a prueba» insultando a un verdugo que acababa de golpear al sacerdote con una patada. La respuesta de Mroczek - «Que Dios lo perdone» - reveló instantáneamente su estatura sacerdotal. «Es un gigante del sufrimiento... Si no tuviéramos tales sacerdotes, seríamos cien veces peores», declaró el médico que lo operó. Mroczek murió la noche del 5 de enero de 1942, transformando la agonía en un acto de intercesión por sus propios verdugos.

**Don Franciszek Miska** (30 de mayo de 1942): director del seminario de Łąd, transformado en prisión para 152 religiosos. Rechazó la libertad prometida a cambio de colaborar con la Gestapo. Murió en Dachau, obligado a llevar grandes ollas de sopa hirviendo con una mano rota.

En los campos de concentración los salesianos mártires no dejaron de ser padres y maestros. Su presencia transformó la percepción del campo: donde reinaba el odio, ellos llevaron la «pedagogía de la esperanza». Las confesiones administradas entre las filas de trabajo o durante la distribución del pan devolvían la dignidad de hijos de Dios a quienes estaban reducidos a un número; la Eucaristía clandestina, celebrada en la oscuridad de los barracones con fragmentos de pan, llevaba «la fuerza de la gracia» a un lugar que negaba su existencia; el consuelo de los moribundos transformaba la agonía solitaria en un paso hacia la eternidad, ofreciendo calor humano en el hielo del campo de concentración; el perdón de los enemigos era el acto más subversivo. Enseñando a no odiar, los mártires rompieron la cadena de la violencia, saliendo victoriosos en el plano moral y espiritual.

## **El legado de la memoria**

El vínculo con la historia queda sellado por las palabras de un joven de la parroquia salesiana de Debniki (Cracovia) que, viendo el sacrificio de sus pastores, sintió madurar su propia vocación, el joven Karol Wojtyła, futuro papa Juan Pablo II: «Estoy persuadido de que a mi vocación sacerdotal [...] contribuyeron también las oraciones y los sacrificios de aquellos pastores de entonces, los cuales [...] por la vida cristiana de cada feligrés y especialmente por los jóvenes feligreses – entonces yo pertenecía aquí a la juventud – pagaban no solo con una buena palabra [...] sino también con el sacrificio y la sangre del martirio». Ellos habían pagado con su vida para proteger a la juventud de la parroquia, esa misma juventud de la que el futuro San Juan Pablo II formaba parte.

Los nueve mártires salesianos polacos son maestros de coherencia que enseñan cómo, incluso cuando la luz de la razón se apaga, la luz de la fe puede resplandecer más fuerte, haciendo al hombre libre incluso detrás del alambre de espino. Su legado invita a ser, hoy, testigos de la misma inquebrantable esperanza. Su historia nos entrega una paradoja desgarradora: la victoria de quien sucumbe por amor sobre quien mata por odio. En una época que a menudo se desliza hacia el resentimiento y la división, estos hombres plantean una pregunta que sacude las conciencias: ¿cómo es posible, bajo los golpes de un bastón o en la oscuridad de una celda, responder a la tortura con el perdón y a la oscuridad con el cuidado del otro? Su resistencia espiritual sugiere que la dignidad humana, cuando está anclada en la fe en Dios, es la única fuerza que ningún verdugo puede quebrar.